

del poder, presantando entre otros cargos, el de que los Señores Lares y Aguilar habían extraído del tesoro *treinta mil pesos*, como un adelanto de los sueldos que en tres años futuros debían de devengar; que el Señor Bonilla había dispuesto en provecho propio de los fondos procedentes de los derechos que pagaban los extranjeros por cartas de seguridad y de pasaportes, y hasta se había apropiado algunas alhajas de uso del departamento de su cargo; y que el Señor Velázquez trasladó á su domicilio los fondos destinados á las mejoras materiales y hasta un piano, propiedad particular, presentado por su autor en solicitud de un privilegio. El proceso quedó abierto, la acusación vigente y nada se ha sabido en vindicación de los acusados.

« El mando de las armas del Imperio está confiado á los jefes Márquez y Miramón. V. M. no puede haber olvidado, porque en Europa están aún vivos los recuerdos, y los interesados resienten todavía las consecuencias del atentado cometido por estos dos jefes á fines de 1860, violando los sellos de la Legación británica y fracturando las cajas para extraer algunos millones remitidos allí, por el gobierno liberal, residente entonces en el puerto de Veracruz, para pago de los dividendos de la deuda inglesa, millones que desaparecieron instantáneamente.

« No fueron otros sino los jefes Márquez y Mi-

ramón, secundados activamente por el General O' Horán, que también figura en el gobierno de V. M., quienes resultaron responsables de los fríos asesinatos cometidos en Tacubaya, en Abril de 1859, en jóvenes inermes, en médicos humanitarios y en habitantes pacíficos arrancados de sus hogares en los pueblos circunvecinos.

« Esta penosa reseña, que la gravedad de las circunstancias y la consecuencia de nuestro deber nos obliga á presentar á la consideración de V. M., fundan suficientemente los motivos de nuestra desconfianza en el apoyo y protección que de su gobierno tenemos derecho de esperar y explican también la razón por qué en esta nota salvamos los usos comunes establecidos en las relaciones internacionales.

« No incumbe á nuestra posición discutir si es conveniente y humanitario prolongar una resistencia inútil que compromete intereses dignos de consideración; tócanos sólo demandar de V. M., como formal y solemnemente demandamos en nombre del derecho de gentes, seguridades efectivas para los súbditos de nuestros correspondientes gobiernos, las cuales no pueden consistir sino en la remoción de los funcionarios antes expresados, y en el caso de que tal procedimiento no sea posible, protestar, como desde luego protestamos, contra todo acto de violencia y exacciones, que como la de-

rama del uno por ciento sobre capitales se pretende ejercer en las propiedades y en las personas de los mismos súbditos.

« Sírvase V. M. aceptar nuestros respetos. Alfonso Danó, Ministro Plenipotenciario de Francia; A. D. Magnus, encargado de negocios de Prusia; El Marqués de la Rivera, Ministro Plenipotenciario de España; Federico Hoorvichy, encargado de negocios de Bélgica; C. R. F. Middleton, encargado de negocios de la Gran Bretaña; Francisco Curtopassi, encargado de negocios de Italia (1). »

Habiendo confiado Maximiliano la suerte del Imperio á las sanguinarias espadas de los generales Márquez y Miramón y á las exacciones y violencias, pues sin ellas no era posible obtener dinero, era imposible que atendiese á la nota insinuante del Cuerpo Diplomático. *Remover* á Márquez y Miramón era acabar con el trono. En bien triste situación se había colocado el Archiduque ante los representantes de esa Europa, para quien pretendía guardar su honor ileso. El papel triste de volver á Europa con los franceses pudo ser el de un hombre honrado y verdaderamente noble que rechaza una guerra civil sostenida en su nombre y á su beneficio; aparecer ante el mundo obligado á echar mano de personas profundamente desprestigiadas *para*

(1) General Santibáñez, *Reseña histórica del Cuerpo del Ejército de Oriente*, tomo II, pág. 639.

*prolongar con actos de barbarie una situación insostenible*, no podía realzar la honra de Maximiliano como príncipe ni como simple mortal.

Tres días después, la noticia de la completa derrota de Miramón en San Jacinto por el General Escobedo y el terrible castigo de ciento y tantos extranjeros juzgados como filibusteros, impresionó vivamente al Archiduque, quien lleno de lucidez escribió á su Ministro Lares la siguiente memorable carta :

Mi querido Ministro Don Teodosio Lares :

« La situación de México me conmueve profundamente. Cada resolución adoptada para terminar la guerra civil nos conduce á encenderla con más fuerza, y por todas partes donde se pretende consolidar el Imperio corren torrentes de sangre sin obtener la menor ventaja.

« Se esperaba que una vez el Imperio emancipado de la intervención francesa, nuestra acción se haría sentir de una manera saludable en favor de la paz ó del bienestar de las poblaciones. Desgraciadamente ha sucedido lo contrario y si los acontecimientos, para siempre lamentables, de San Jacinto y del Monte de las Cruces no sirven para abrirnos los ojos, constituirán el recuerdo más amargo del Imperio.

« Se prometía mucho de la habilidad, de la actitud, de la lealtad, del prestigio de los Generales Mejía, Miramón y Márquez. Pretextando el mal

estado de su salud, el primero ha dejado el servicio; el segundo ha sacrificado, casi sin combatir, en la primera batalla que ha dado, todos los elementos que se le habían confiado : el tercero después de extorsionar por los medios más violentos á los ciudadanos laboriosos y pacíficos, ha ordenado una expedición mal calculada, cuyos sangrientos resultados nunca serán bastante deplorados.

« Al mismo tiempo, el tesoro se encuentra agotado; para hacer miserablemente frente á los gastos de algunos ramos de la administración, es preciso imponer préstamos forzosos, imposibles de realizar y decretar contribuciones extraordinarias más odiosas que productivas.

« El Imperio no cuenta ni con la fuerza moral ni con la material; los hombres y el dinero le huyen y la opinión se pronuncia contra él de todas las maneras posibles.

« Por otro lado, las fuerzas republicanas, que injustamente se ha pretendido representar desorganizadas y animadas solamente del deseo de robar, prueban por sus actos que constituyen un ejército homogéneo, estimulado por el valor y la habilidad de su jefe, y sostenido por la idea grandiosa de defender la independencia nacional, que cree comprometida por el Imperio.

« En una situación tan crítica, no tenemos siquiera el recurso de apelar al sufragio universal de

las poblaciones, puesto que el voto de algunas localidades ocupadas por las armas imperiales nada significarían en cuanto á sus resultados. El momento de emplear este medio ha pasado; debemos renunciarlo para siempre (1). »

Hasta aquí exceptuando el primer párrafo, esta carta por su vigor, su lucidez, su lógica y por el conocimiento exacto de la situación, parece haber sido escrita por Don Sebastián Lerdo de Tejada. El primer párrafo es inaceptable por su falsedad. Hemos visto que lo que decidió á Maximiliano á no abdicar fué el ofrecimiento que Miramón y Márquez hicieron de sus flamígeras espadas. Al aceptarlas, el Archiduque no podía tener la resolución de terminar la guerra civil, porque *las espadas* sirven precisamente para lo contrario.

En su bien escrita carta, hasta donde la he copiado y con la excepción señalada, Maximiliano muestra indignación y pesar por haber sido engañado por los conservadores, que fueron los que le prometieron que tan pronto como se hubieran retirado los franceses, la nación, que los aborrecía, daría inmediatamente pruebas de saber y poder por sí sola sostener al Imperio, que era su ideal. Los conservadores habían presentado á los Generales Miramón, Márquez y Mejía como invencibles,

(1) Masseras, pág. 162.

y asegurando que donde desnudaban las espadas, allí les llovían los laureles de la victoria.

Habían asegurado también que el deficiente del presupuesto desaparecería desde el 1º de Enero, sobrando recursos legítimos para el sostenimiento del Imperio y, por último, públicamente afirmaban que las fuerzas liberales eran solamente chusmas de bandoleros sin más dirección que el olfateo del pillaje.

En la parte de la carta á que aludo, Maximiliano decía en realidad á los conservadores : « He sido vilmente engañado por Uds.; el Imperio está irremisiblemente perdido; Uds. le han dado, con su ineptitud, desprestigio y exacciones, el último golpe ».

Después del sentido de su carta, no le quedaba más recursos que fugarse como Santa Anna en 1855, ó entregarle la situación á Juárez incondicionalmente. Cualquiera de estas dos soluciones únicas eran de esperarse, tanto más cuanto que Maximiliano continúa su carta con el siguiente párrafo :

« He contraído hacia México el compromiso solemne de no ser jamás causa para prolongar la efusión de sangre. El honor de mi nombre y la inmensa responsabilidad que pesa sobre mi conciencia delante de Dios y de la historia, me prescriben no diferir por más tiempo una gran resolu-

ción que haga cesar inmediatamente tantos males ».

Después de este párrafo, la gran resolución no podía ser más que entregar la situación incondicionalmente á Juárez, porque la fuga dejando los elementos aún existentes de guerra á los conservadores, significaba la continuación de la guerra civil y por consiguiente « *no se hacían cesar inmediatamente tantos males* ». La sorpresa es inmensa, cuando se ve que esta gran resolución, que no podía ser más que la que acabo de indicar, fué pedir un nuevo consejo á... Lares. Es decir, la carta de Maximiliano, después de reconocer lo insostenible de la situación, se reducía á escribir á Lares : « He sido vilmente engañado por Ud. en nombre propio y de su partido; el Imperio está perdido; estoy resuelto á que no se derrame más sangre; pero deme Ud., que supo tan bien engañarme, un nuevo consejo. » La gran resolución fué ridícula, pues consistía en pedir consejos á los que habían probado darlos detestables.

El Ministerio Lares debió responder con su dimisión, como hace todo ministerio honorable que no puede sufrir que su soberano le diga que lo ha engañado y que sus labores han sido y son profundamente perniciosas. Pero en vez de dimitir, Lares contestó con una carta pérfida y que sólo podía causar efecto en un desequilibrado romántico y voluble, como Maximiliano.

Debe leerse íntegra la carta respuesta de Lares, porque estos documentos constituyen verdaderamente el plano donde la perfidia y la ambición trazaron el cadalso de Querétaro y la destrucción pronta y definitiva del partido conservador.

« México, Febrero 10 de 1867.

« Sire :

« La carta de V. M. fecha de ayer me ha turbado profundamente y cumpliendo con mi deber he reunido inmediatamente el ministerio que tengo el honor de presidir. Después de examinar concienzudamente esa carta, *nuestro primer movimiento* fué renunciar las funciones con que nos ha honrado la confianza de V. M. á causa de la persuasión del actual ministerio, de no hallarse en estado de seguir la difícil política que V. M. se propone adoptar. El ministerio cree que en la extremidad á que nos ha reducido la deslealtad del gobierno francés, *el exterminio completo de uno de los adversarios puede solamente asegurar la victoria del otro y restablecer la paz*. Pero una consideración nos ha decidido á no ejecutar esta idea de dimisión; puesto que V. M. ha aceptado con tanto valor como abnegación el voto de los consejeros y resuelto permanecer á la cabeza de la nación,

tenemos el deber de quedar cerca del trono y de dividir con V. M. todas las amarguras del presente y todas las incertidumbres del porvenir (1). »

En este párrafo, el ministerio prueba no haber querido entender la carta de Maximiliano. El primer movimiento del ministerio fué presentar su dimisión, pero debió presentarla por el fracaso completo de su programa, con el que sólo se había conseguido empeorar la situación. Había otro motivo para renunciar y era esa *nueva política difícil* que se proponía seguir Maximiliano y con la que no estaba conforme el partido conservador. Pero la falta de entendimiento de la carta se hace sentir en la frase : « *el exterminio completo de uno de los dos adversarios puede sólo asegurar la victoria del otro y restablecer la paz* ». Eso se pudo decir en Orizaba el 20 de Noviembre de 1866; pero lo que decía Maximiliano el 9 de Febrero de 1867 en su carta era que el adversario exterminado iba á ser él y que precisamente buscaba evitarlo. Maximiliano no quería seguir la lucha para ser exterminado, como lo indicaron los acontecimientos, y Lares debió probar que el partido conservador estaba en condiciones de no ser exterminado. El General Don Tomás Mejía, á quien Maximiliano acusa en su citada carta de haberse separado del

(1) Masseras, pág. 167.

servicio bajo pretexto de enfermedad, declaró al fiscal de su causa, Señor Aspíroz, que « creyó desde entonces, es decir, desde que se decidió la partida de los franceses, completamente perdida la causa del Imperio y que continuó sosteniéndola sin fe y obligado por el honor (1) ».

Lares no era amigo personal de Maximiliano, ni como tal había sido llamado al poder, sino como jefe de un partido que había ofrecido sostener el trono en beneficio de dicho partido. Lares, pues, no tenía derecho á volverse personalista y si lo hizo fué para no dimitir y engañar á su soberano, cuando en el programa del ministerio sólo entraban los intereses de los conservadores, y en ningún caso el pensamiento del sacrificio por la persona del Archiduque.

Lares continuaba su carta con notable hipocresía : « Esta resolución tomada (la de no dimitir), rogamos á V. M. juzgue de nuestra adhesión á su persona por el sacrificio que hacemos de nuestras opiniones para secundar su deseo de poner fin á la guerra por medios que nos son antipáticos.

« Así establecidas las cosas y en vista de las últimas determinaciones de V. M. voy á exponerle el único medio que creo practicable para resolver

(1) Reseña del Ejército del Norte. Primer interrogatorio al General Mejía.

la crisis que aflige á México desde hace cuatro meses.

« Antes que todo debemos evitar á la Capital las calamidades de un sitio y los horrores de un asalto; es pues preciso ir á tentar afuera la solución, á Querétaro, por ejemplo, donde el Imperio cuenta aún numerosos adherentes. Concentrando en esa plaza el mayor número posible de tropas regulares, bajo las órdenes de generales los más renombrados y los más leales, á fin de constituir un ejército respetable, convendría que V. M. tomase el mando en jefe, para impedir las rivalidades y las divisiones inevitables entre nosotros, cada vez que se encuentran en presencia dos ó más oficiales del mismo grado.

« Habiendo tomado así una actitud verdaderamente fuerte, que haga comprender á los republicanos que deben encontrar aún enérgicas resistencias, se deberá entrar directamente en negociaciones con Don Benito Juárez. Es probable que rehusará y aquí se presenta la dificultad para conseguirlo; se podrá apoyarse en el estado de fatiga en que se encuentra la nación y en la laxitud que debe abrumar necesariamente á los que siguen la lucha. La apelación al voto público no será propuesta en ningún caso. Juárez es un fanático de la legalidad de su título; cree de buena fe en su mandato y nunca consentirá en ponerlo á discusión.